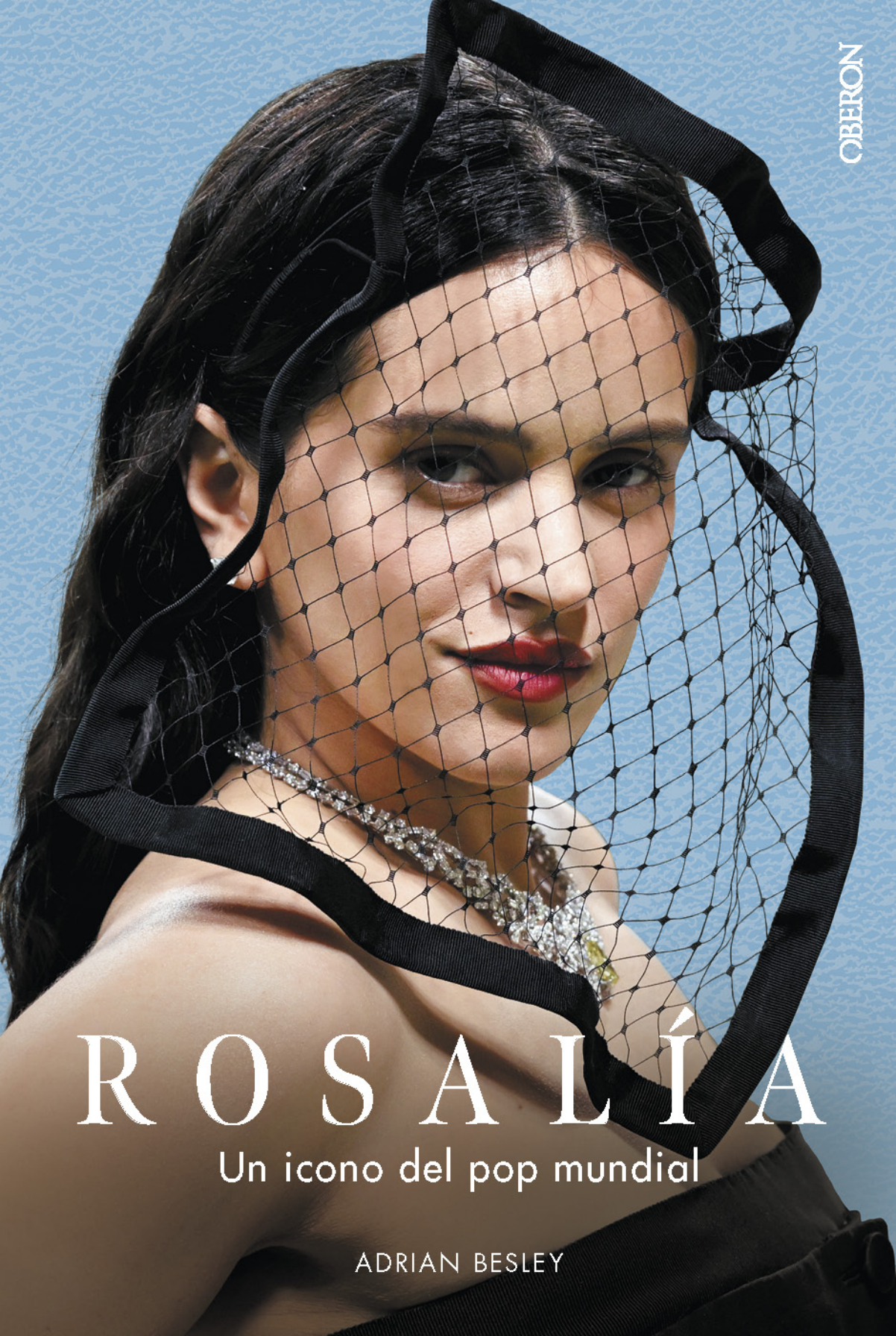
OBERON
ROSALÍA
Un icono del pop mundial
ADRIAN BESLEY

Izquierda: Colaboración con Levi's para formar e inspirar a la próxima generación de artistas musicales españoles en 2017.

Abajo: Una actuación deslumbrante en el Festival Sónar de Barcelona en 2018.

Arriba: Junto al cineasta Pedro Almodóvar en Madrid en 2018. Rosalía apareció en su película *Dolor y gloria* de 2019.

Abajo: El éxito de Rosalía «Malamente» le valió los primeros premios importantes de su carrera en los Premios Grammy Latinos de 2018.

INTRODUCCIÓN

En el Museo Nacional de Arte de Cataluña, el escenario que preside la Sala Oval es un mar de tela blanca. Entre los volantes, casi oculta, hay una mujer. Tumbada y completamente inmóvil, da la espalda a quienes están sentados en la sala a oscuras. Comienza la música y ella se da la vuelta y se enfrenta al público, compuesto por famosos, músicos, estrellas del deporte y políticos. Es Rosalía. No habla durante una hora, hasta que la música concluye y, manteniéndose en silencio, se levanta y camina entre el público, que se abre a su paso.

Esta muestra de arte escénico fue la fiesta de presentación previa al lanzamiento del álbum *Lux* de Rosalía en 2025. Fue atrevida, segura de sí misma y desafió todas las expectativas —cualidades que habían llegado a definir a la artista de treinta y tres años—. *Lux* era su cuarto álbum en ocho años, un periodo en el que su ambición había crecido a medida que su popularidad se extendía por todo el mundo. Ya era todo un fenómeno en los países de habla hispana, y el resto del mundo la seguía de cerca. Algo más allá del lenguaje les atraía; algo que solo la música podía expresar.

Rosalía tiene muchas cualidades que la hacen única como artista, pero su capacidad para llegar al público se ha hecho evidente desde muy temprana edad. Lo presenció su familia un día durante la cena, el presidente de una asociación local de flamenco que la oyó cantar en un recreo en el colegio, el director de cine Pedro Almodóvar, que asistió a un concierto al principio de su carrera, y los miles de personas que la han escuchado desde entonces, incluso en los estadios más grandes.

Su voz tiene un lenguaje propio de emociones y es capaz de transmitir pasión, traición, tristeza, amor y otros cientos de sentimientos. A menudo canta fusionando el español, con dialectos americanos y el *spanglish* y, en ocasiones, los propios españoles admiten que tampoco entienden ni una palabra («Chicken teriyaki» es un claro ejemplo), pero eso no impide que les conmueva profundamente. Cuando utilizó catorce idiomas diferentes en *Lux*, llevó esa capacidad de comunicación al extremo, y aun así el álbum debutó en el número uno en cinco países distintos, todos con idiomas diferentes.

Al igual que muchos grandes artistas, siempre ha tenido la ambición de convertirse en una música de éxito; incluso participó en un concurso de talentos cuando tenía quince años para intentar abrirse camino en el mundo de la música. Su ambición va de la mano de su intensa necesidad de libertad artística. A lo largo de su carrera se ha negado a quedarse estancada. Su intención es evolucionar constantemente, probando diferentes estilos musicales o estructuras que le interesan. Su obsesión por llevarse a sí misma al límite y asumir riesgos musicales es lo que la distingue de muchos de sus colegas de profesión.

Los artistas a los que admira, como Björk, Kate Bush, Aphex Twin y Arca, son todos intrépidos y crean la música que desean sin preocuparse por su atractivo comercial. Al igual que ellos, se ha

descrito a Rosalía como una artista que toma decisiones audaces en su producción musical, pero ella no busca escandalizar ni ser diferente, simplemente hace lo que le sale de forma natural y lo que le parece correcto. Aporta una sensibilidad vanguardista a la música pop, reinterpretando una antigua canción flamenca, utilizando el rugido del motor de una moto como ritmo o mezclando arreglos clásicos con sonidos urbanos modernos, y aun así sigue ocupando los primeros puestos de las listas de éxitos.

Resulta evidente cómo la personalidad y las actitudes de Rosalía han desarrollado y moldeado su carrera, y lo que lo impulsa todo es su ardiente curiosidad. Se sumerge en cualquier tema que le inspire. Ya sea descubriendo el flamenco en su adolescencia, investigando una novela del siglo XIII para su segundo álbum o pasando un año absorta en libros sobre la vida de los santos, el misticismo y el feminismo para escribir las canciones de *Lux*. Esa misma pasión impulsa su composición y su maestría musical. Aprendió a producir música de forma autodidacta observando a los grandes técnicos con los que ha trabajado, desde El Guincho hasta Noah Goldstein, y, como una urraca, recoge fragmentos de diferentes culturas, ya sean los gitanos andaluces, la República Dominicana o Japón.

Este tipo de «préstamos» ha sido a menudo motivo de polémica para Rosalía. Las acusaciones de apropiación cultural —la explotación de comunidades marginadas mediante la adopción de su música, riqueza lingüística, tradiciones u otros aspectos de su cultura— la han acompañado a lo largo de gran parte de su carrera. Al gozar del privilegio de ser una europea blanca, se ha dicho que quizá parezca guay o auténtica al adoptar y descartar otras culturas a su antojo, como si fueran trajes, mientras disfruta de oportunidades que no están al alcance de esos pueblos.

Críticas similares han surgido no solo de las poblaciones marginadas, sino también de los puristas del flamenco, que se opusieron a su manipulación del género en sus primeros álbumes, mientras que algunos críticos la acusaron de utilizar la música clásica en *Lux* como un atajo fácil para lograr profundidad e impacto emocional.

Rosalía ha soportado tales críticas con respeto y comprensión, pero se ha mantenido firme en su postura. Su respuesta ha sido definir su trabajo como una celebración de la conectividad global. «Pertenezco al mundo», ha dicho, y ha reafirmado su convicción de aprender de otras culturas, en lugar de verse limitada por sus propias raíces. En noviembre de 2025 declaró a la revista *Billboard*: «Creo que para disfrutar plenamente de la música hay que tener una forma tolerante y abierta de entenderla».

«Pertenezco al mundo. Creo que para disfrutar plenamente de la música hay que tener una forma tolerante y abierta de entenderla».

Desde el principio de su carrera, Rosalía ha tomado la tradición y las convenciones como un marco flexible. Su forma de componer se basa en la experimentación y en el deseo de comunicar su visión. Su música trasciende el lenguaje y la cultura. Cantar en otros trece idiomas no es un rechazo al español, sino una forma de ampliar su vocabulario y las posibilidades del sonido y el ritmo para crear nuevos efectos e impactos.

Con el éxito de *Lux*, Rosalía se ha unido a la estratosfera del pop. Cuenta con 28 millones de seguidores en Instagram, 33 millones en TikTok y 12 millones de suscriptores en YouTube, y su última gira está agotando las entradas en estadios de tres continentes. Rosalía tiene muchas características en común con sus colegas estrellas del pop: comparte fotos y mensajes con sus fans, ofrece conciertos en directo con coreografías muy elaboradas, disfruta de su estatus de

celebridad en galas de premios y desfiles de moda, y se codea con amigos famosos como Kylie Jenner, Charli XCX y Gigi Hadid. Es el sueño de cualquier presentador de un programa de entrevistas: divertida, encantadora, atractiva y siempre abierta y sincera.

Sin embargo, Rosalía no es la típica estrella del pop. Mantiene su vida privada en secreto, y su hermana Pilar y su madre son sus mejores amigas, además de sus compañeras de trabajo. Le gusta mucho visitar nuevos países y volver a aquellos que le encantan, como Japón y la República Dominicana. Si viajar realmente abre la mente, Rosalía es la prueba de ello. Sus ídolos musicales van desde Nina Simone y Lola Flores hasta Janis Joplin y Frank Ocean, mientras que sus lecturas, que a menudo revela en redes sociales, incluyen títulos como *La gravedad y la gracia*, de la filósofa francesa Simone Weil, o *Al este del Edén*, de John Steinbeck. En muchos ámbitos busca artistas que, como ella, intenten algo diferente. Busca directores de vídeo y artistas vanguardistas que le ayuden a plasmar su propio y marcado sentido visual, y se sitúa a la vanguardia de la moda, luciendo —a veces de forma extravagante— atuendos recién salidos de la pasarela de los diseñadores más destacados.

Rosalía siempre ha alzado la voz en defensa de las mujeres en la industria musical, ha elogiado a pioneras como Sylvia Robinson (a menudo denominada La Madre del *Hip Hop*), Patti Smith y Björk, y se ha propuesto ser ella misma un modelo a seguir. Como ilustra la historia de su vida hasta ahora, una y otra vez ha seguido su propio camino, y eso la ha llevado a lo más alto.

Capítulo 1

DESCUBRIENDO EL FLAMENCO

Ese fue el momento. Un día de verano en un parque de las afueras de la ciudad. Un grupo de adolescentes pasando el rato. Aunque la ciudad más cosmopolita de Europa estaba a solo 32 kilómetros de distancia, los adolescentes de Sant Esteve Sesrovires se las ingeniaban para entretenerse por su cuenta: con un duelo musical con otro grupo. Cada uno se turnaba para poner una canción a todo volumen en la radio del coche, y recibía vítores y abucheos. Entonces surgió la chispa que encendió el talento más singular que ha visto la música pop desde, bueno... ¿siempre?

En ese grupo de adolescentes había una chica de catorce años que no podía saber que su vida estaba a punto de tomar un rumbo inimaginable para ella. Un romántico podría llamarlo suerte o destino, pero el camino que estaba a punto de emprender no estaba escrito. Necesitó pasión, trabajo duro y determinación, y requirió apoyo, estoicismo y decisiones (constantes y siempre difíciles).

Rosalía siempre se apresura a señalar que ella apareció de la nada. No conocía a nadie en la industria musical y procedía de una familia sin antecedentes musicales. Nació en septiembre de 1992 en el hospital de Sant Cugat del Vallès, al norte de Barcelona, y recibió el nombre de Rosalía Vila Tobella, siguiendo la tradición de poner primero el nombre de pila, luego el apellido del padre —José Manuel Vila— y, por último, el apellido de la madre —María Pilar Tobella Aguilera—. Pilar es también el nombre de su hermana mayor, que tenía tres años cuando nació Rosalía.

La familia se había establecido en la localidad de Sant Esteve Sesrovires, a poca distancia del hospital, ubicada entre las sinuosas colinas de Cataluña, pero sin salir del área metropolitana de Barcelona. Durante años, Sant Esteve Sesrovires fue conocida por una sola cosa: Chupa Chups. El fundador de la empresa estableció en 1967 su primera fábrica en esta pequeña localidad, dedicada exclusivamente a la fabricación de caramelos con palo, e incluso consiguió que el artista local Salvador Dalí diseñara el famoso logotipo en forma de flor. Poco más de veinte años después, SEAT, la mayor empresa automovilística del país, abrió unas instalaciones a las afueras de la localidad. La llegada de una empresa tan grande transformó la tranquila población. Los bonitos tejados rojos y las calles arboladas se mantuvieron, pero la afluencia de trabajadores de toda España trajo consigo nuevas viviendas, fábricas y almacenes.

Cuando Rosalía ya era adolescente, la población de la ciudad se había duplicado con creces hasta superar los 6000 habitantes, pero sus padres no se dedicaban ni a los caramelos ni a los coches. Su madre dirigía con éxito Suprametal, el negocio familiar especializado en la fabricación de artículos metálicos, como placas identificativas y letreros. Su padre trabajaba en la construcción, concretamente en

edificios e instalaciones industriales. Aunque no eran multimillonarios, la familia vivía sin privaciones, y Rosalía tuvo una infancia feliz y llena de cariño.

Los primeros vídeos la muestran a ella y a su hermana, una pareja dulce y encantadora, riendo y jugando juntas. Los vecinos las recuerdan corriendo en grupo con diez o más primos o jugando a disfrazarse en el bosque. Solían ir a las ferias de música locales o participar en la sardana, un baile tradicional catalán en el que se forma un círculo y se baila cogidos de la mano. Las historias de la infancia de las hermanas parecen girar en torno a la creatividad, ya fuera montando espectáculos o, como a Rosalía le gusta contar, jugando con sus muñecas Barbie y Bratz. Ella cuenta cómo las maquillaban y representaban con ellas un sinfín de historias de dramas escolares y aventuras.

Sus padres eran ambos moteros. Rosalía recuerda ir en la moto de su padre desde los ocho años y que a su madre se la veía por la ciudad en su Harley-Davidson como una roquera; era una imagen que se les quedaría grabada a las hijas para toda la vida, y a la que Rosalía haría referencia a medida que avanzaba su carrera. Como buenos padres moteros, les encantaba escuchar música pop y rock clásica tanto inglesa como americana. La banda sonora de los juegos de las niñas en casa incluía a los Beatles, Bruce Springsteen, Bob Dylan y Supertramp.

El talento para el canto lo heredaron de su querida abuela materna, de quien Rosalía había recibido su nombre. Dado que sus padres trabajaban, ella había desempeñado un papel importante en su crianza. Cantaba o silbaba sin cesar mientras realizaba las tareas domésticas, tenía una amplia colección de discos de música clásica y ópera, y los fines de semana por la tarde se sentaba con sus nietos a ver programas en la televisión protagonizados por estrellas del flamenco como Antonio Molina y Lola Flores.

En el colegio local de La Roureda (donde todavía se la ve de vez en cuando recogiendo a su sobrino), los profesores de Rosalía la recuerdan con mucho cariño. La describen como una niña popular entre sus compañeros, pero también aplicada y siempre curiosa. Por supuesto, todos mencionan que nunca dejaba de bailar. En noviembre de 2025 reveló en el programa de internet *SubwayTakes* que le habían diagnosticado trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH). Si esto era la causa de su deseo de mover los pies, desde luego no afectó a su rendimiento académico. Junto con todos los demás elogios, todos coincidían en que era un rayo de sol inteligente. Es una descripción que repiten una y otra vez quienes la recuerdan en sus años de formación.

A los cuatro o cinco años, Rosalía se matriculó en la clase de danza moderna *jazz* de Ses Dansa, en un gimnasio no muy lejos de su casa. Manoli Rodríguez, directora de la compañía y su profesora durante diez años, la recuerda no por sus destacadas habilidades para el baile o su evidente carisma de estrella, sino por su energía, su entusiasmo, su personalidad alegre y cariñosa y —otro tema recurrente— porque sabía exactamente lo que quería hacer.

Ella sabía que Rosalía era buena bailarina, pero no se dio cuenta de que la música se estaba convirtiendo rápidamente en otra de sus pasiones. En la familia, sin embargo, se cuenta a menudo una anécdota sobre lo que pasó en una cena con unos parientes cuando Rosalía tenía ocho años. Una vez terminada la cena, el padre de Rosalía le pidió que cantara algo, así que ella cerró los ojos y cantó. No fue nada especial, recordó más tarde, solo algo que había oído en la televisión, pero, cuando terminó, abrió los ojos y se encontró a toda la familia con lágrimas en los ojos. En ese momento, su reacción le pareció un poco extraña, pero la experiencia se le quedó grabada.

Con el tiempo, empezó a darse cuenta de que podía comunicarse emocionalmente a través del canto. Era una especie de superpoder; algo con lo que podía ponerse en serio.

Fue Manoli quien le dio a Rosalía la oportunidad de cantar por primera vez en un escenario. Con motivo de uno de los festivales de fin de año en el pabellón local Francesco Castellet, le preguntó a la joven de catorce años si le gustaría cantar además de bailar. Ante un público de unas mil personas, interpretó una canción de la película de animación *El príncipe de Egipto* para acompañar la coreografía. Se había contagiado del gusanillo de los escenarios.

Entonces llegó ese momento decisivo. Un día, después del colegio, Rosalía y sus amigos se dirigieron al parque del barrio para pasar el rato. Allí, los adolescentes que se aburrían de hacer carreras con sus coches tuneados al estilo europeo aparcaban y ponían la música a todo volumen en sus equipos de sonido; muchas veces se producían duelos amistosos entre los vehículos. En esa ocasión concreta, en un coche con las puertas abiertas y altavoces modificados estaba sonando a todo volumen una canción que Rosalía no había oído antes. «La voz me atravesó el corazón» es una frase que ha repetido en innumerables entrevistas, porque encendió la chispa que impulsaría su carrera. Fue un momento decisivo en su vida.

Ya había escuchado música flamenca antes, pero aquello la llevó a emprender una búsqueda de conocimiento. Descubrió que el cantante era Camarón de la Isla, un legendario cantaor de flamenco que había fallecido a los cuarenta y un años, apenas unos meses antes de que naciera Rosalía. Conocido simplemente como «Camarón» (en referencia a su complexión delgada, su cabello rubio y su piel blanca), fue el cantaor de flamenco más popular de la era moderna, siendo aclamado por muchos como el mejor de todos los tiempos.

Desde sus primeros álbumes, empezando por *Al verte las flores lloran* en 1969, su dominio del estilo flamenco clásico lo convirtió en una estrella de la noche a la mañana. Los fans describían su forma de cantar como «el canto de la vida y la muerte», y la reacción ante su voz provocaba invariablemente «piel de gallina» o «un escalofrío que recorre la espalda». Su interpretación cruda y visceral conectaba con una profunda emoción. Es lo que aquí llamamos «duende», un concepto definido por el poeta Federico García Lorca como un momento en el arte en el que un artista conecta con algo primigenio: una pasión oscura y sobrenatural que trasciende la mera técnica y hechiza al público. Rosalía describe a Camarón como alguien con una voz animal y una honestidad cruda en su cante. Esa fue la flecha que le atravesó el corazón.

Esa flecha había recorrido un largo camino. El flamenco es una tradición que se asocia principalmente con las comunidades gitanas de Andalucía. Pero ahí estaba Rosalía en Sant Esteve Sesrovires, una localidad situada a más de 960 kilómetros de distancia, al noreste de Cataluña, una región con su propia identidad, llena de orgullo, con una cultura única, una lengua propia y una rica historia. El flamenco, por supuesto, hacía tiempo que había traspasado sus fronteras regionales. De hecho, Barcelona se había convertido en el siglo XXI en uno de los principales centros de esta música. Impulsados por turistas deseosos de disfrutar de un auténtico espectáculo español y por un nutrido núcleo de seguidores entre los amantes de la música folclórica, habían surgido numerosos locales en la ciudad.

Allá en las afueras, en Sant Esteve Sesrovires, había otra razón que explicaba el auge del flamenco. La llegada de SEAT y otras empresas industriales había atraído a trabajadores de otras partes de España. Andalucía ha sido desde siempre una de las regiones más pobres, si no la más pobre y, desde la década de 1980, muchos habían emigrado al norte en busca de trabajo. Los hijos de estos trabajadores

se encontraban entre los compañeros de clase de Rosalía. Habrían crecido escuchando la música de sus padres y, casi con toda seguridad, los discos de Camarón estarían entre ellos. De manera que, aunque el flamenco no era especialmente popular entre los adolescentes, no era una gran sorpresa que temas de este estilo andaluz se escucharan junto a canciones pop como «Somebody that I used to know» de Gotye o el éxito de música eléctronica «Danza kuduro» de Don Omar.

A los once años, Rosalía había descubierto el *hip hop*. Fue su primer amor en lo que a música se refiere, y estaba totalmente absorta en él. Lo escuchaba en casa, hablaba de él y compartía música con sus amigos. Aunque siguió con ello, también mantuvo su recién descubierta pasión por el flamenco. No fue fácil, pero averiguó todo lo que pudo al respecto, recorriendo las tiendas de segunda mano en busca de casetes de los maestros del género.

Después de cantar en el espectáculo *El príncipe de Egipto*, Rosalía estaba deseando volver a actuar. Siempre buscaba un escenario en el que expresarse. La presidenta de la Entidad Cultural Flamenca de Sant Esteve, Antonia Cañadas, era cocinera en el colegio de Rosalía. Rosalía y sus amigas ya habían formado Triana, un grupo de baile de la asociación, pero entonces Cañadas le oyó cantar en el colegio. «Un día estaba cantando con sus amigas en el cuarto de material», recuerda, «y me pregunté quién sería. Cuando vi que era ella, me quedé embobada oyéndola, tenía una voz preciosa». Le sugirió que cantara en el festival de verano. Fue su segunda actuación en público.

Sus padres se dieron cuenta del interés de su hija menor por la música, pero se preguntaban si se trataba solo de un entusiasmo pasajero propio de una niña pequeña o de una auténtica pasión. Su respuesta fue comprarle una guitarra y enviarla a clases con un profesor de la zona, Israel Liria. Como muchos otros, él quedó

inmediatamente impresionado por su dedicación. Ella trabajaba duro en casa y progresaba rápidamente, dominando conocidas canciones pop como las del álbum *El viaje de Copperpot*, de la popularísima banda La Oreja de Van Gogh.

Aprender a cantar y tocar la guitarra despertó algo nuevo en la adolescente. La música ya no era simplemente un tema de conversación, ni le bastaba con cantar con sus amigos. Lo sentía como una vocación. Había encontrado su camino y sentía que no podía hacer otra cosa en la vida. Cantaba en público siempre que podía y empezó a subir canciones a las redes sociales.

«Yo creo que tengo algo especial a la hora de transmitir. Tengo claro que voy a ser artista».

A los quince años, en cuarto curso de secundaria, probó suerte en el programa televisivo de talentos *Tú sí que vales*. Sin duda, tenía la confianza necesaria. «Yo creo que tengo algo especial a la hora de transmitir», dijo en la entrevista previa a su actuación, y añadió: «Tengo claro que voy a ser artista». Sentada en un taburete alto y acompañándose a sí misma con la guitarra, cantó «Como en un mar eterno», un éxito de Hanna de 2008. El público pareció conmoverse con la actuación, pero, sin embargo, los jueces no. «Tienes una voz muy bonita», dijo la productora de televisión Noemí Galera, «pero esta canción no era la que tenías que haber cantado esta noche». Su compañero en el jurado, el presentador y habitual en *reality shows* Àngel Llàcer, no fue más alentador, diciéndole que «tenía mucho potencial, pero que aún no sabía cómo sacarlo». No obstante, pasó a la siguiente ronda: la semifinal.

Esta vez dejó la guitarra a un lado y optó por cantar y bailar. Con unos vaqueros ajustados metidos por dentro de las botas, un top rojo escotado sin mangas y un colgante de la Virgen María que le había

regalado su madre, lo dio todo con una interpretación de «Leave (get out)» de JoJo, acompañada de unos elegantes pasos de baile. Por desgracia, los jueces le sugirieron que hiciera justo lo que decía su canción. «Rosalía, has desafinado bastante», afirmó Llàcer, mientras Galera le secundaba diciendo que debería haberse concentrado en cantar. Quedó eliminada, perdiéndose la oportunidad de competir por el premio de 30 000 euros.

Más tarde, declaró al periódico *El Sesrovirenc* —una publicación local de Sant Esteve Sesrovires—, en la que fue su primera entrevista, que se había presentado no porque le gustara el programa (¡y dejó claro que realmente no le gustaba!), sino porque, a diferencia de la mayoría de los concursos de talentos de la televisión, no había límite de edad. Les dijo que quería convertirse en cantautora y que tenía la intención de trabajar duro para lograr su ambición. Sabía que los concursos no eran más que un atajo hacia la fama rápida, explicó, y que lo importante era desarrollar sus habilidades.

Sin embargo, sí que aprendió algo de los jueces del programa. Decidida a centrarse en el canto, dejó de bailar tras diez años en Ses Dansa. Tampoco quería ser ya solo una cantante pop. Quería ser una música de verdad. Se volcó en aprender a tocar el piano y empezó a estudiar por su cuenta todo lo que conforma una creación musical, desde las armonías y las melodías hasta los acordes y las letras. Aun así, sin nadie que la guiara en casa, no tenía claro cuál debía ser su siguiente paso, así que cuando una amiga le habló de una audición abierta que se celebraba en una escuela de música de Barcelona, ambas faltaron a clase y se presentaron. Todas aquellas horas que había pasado cantando al mismo tiempo que Camarón debieron de servirle de ayuda, ya que aprobó la audición y consiguió una plaza en el Taller de Músics.

Izquierda: Uno de los *looks* más emblemáticos de la Gala Met de 2024 de Nueva York, cuya temática fue «Sleeping Beauties: Reawakening Fashion» (Bellas durmientes: el despertar de la moda).

Derecha: Llegando a los BRIT Awards de 2026 vestida de pies a cabeza de Chanel.

Abajo: Rosalía gana el premio a la Artista Internacional del Año en los BRIT Awards de 2026, imponiéndose en una categoría repleta de estrellas, entre las que se encontraban Taylor Swift, Bad Bunny o Lady Gaga.

La estrella que rompe moldes y está redefiniendo las reglas del pop

La historia de Rosalía es una historia de pasión, resiliencia y búsqueda incansable de la originalidad.

Desde sus orígenes como estudiante de flamenco en España hasta convertirse en una figura clave del pop mundial, ha roto las barreras entre géneros y las expectativas culturales. Descubre su meticuloso proceso creativo, las tensiones culturales entre las que se mueve y los riesgos que asume para mantenerse a la vanguardia de la música contemporánea. Con el lanzamiento del impresionante y ambicioso álbum Lux, ha llegado el momento en que la estrella de Rosalía se convierta en una supernova.

6317013
ISBN 979-13-87775-59-9

OBERON
www.oberonlibros.com